

Historia en tiempos de memoria y «posmemoria»

Pedro Ruiz Torres

El siglo XIX fue en cierto modo *el siglo de la historia*. En aquella época muchas personas confiaban plenamente en la razón humana, en su capacidad de proporcionarnos, por medio de la filosofía o de la ciencia de la historia, la verdad o el significado de un proceso lineal y progresivo que hundía sus raíces en el pasado y parecía estar en condiciones de imaginar el futuro. La historia como indagación, relato o saber académico y la historia como espacio de experiencias y conexión de acontecimientos iban entonces de la mano.¹ En el siglo XX, por el contrario, semejante optimismo fue puesto reiteradamente en duda y a finales de dicha centuria llegó a hablarse con insistencia de la crisis o el final de la historia en dos sentidos muy diferentes. Por un lado, *de la crisis de la historia* por ser un tiempo de dudas e incertidumbre sobre el estado actual y el porvenir de la disciplina llamada historia.² Por otro, *el fin de la historia* era la expresión para dar a entender que la humanidad había alcanzado el máximo de su evolución ideológica con el triunfo de la democracia tras la caída del muro de Berlín.³ El énfasis en el fin o en la crisis de la historia duró poco, por razones bien conocidas, pero no así otro cambio de perspectiva de mucha mayor trascendencia.

La relación del presente con el pasado y con el futuro se modificó de manera sustancial la medida que transcurría la segunda mitad de la centuria. La novedad empezó a manifestarse con claridad en las últimas décadas del siglo XX. Traumatizados por la barbarie, que poco antes había echado a perder las conquistas de la civilización europea, movidos por la tendencia a reconocer y a asumir una responsabilidad colectiva, un *deber de memoria*, y por la confianza, tal vez excesiva, en que esa memoria acabaría convirtiéndose en el sustento de unas políticas a favor de los derechos humanos en todo el mundo, la parte final del siglo XX y el comienzo del siglo XXI acabaron convirtiéndose en *la era del testigo* o de *la memoria de las víctimas*.⁴ En las dos últimas décadas del siglo XX, como ha escrito Andreas Huyssen, la memoria llegó a ser una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales.⁵ La importancia que adquirió entonces la memoria de las grandes tragedias del siglo XX ha continuado presente en nuestros días, por más que casi no existen supervivientes. A pesar de ello, siguen ahí los efectos de una cultura «invadida», «obsesionada», «saturada» por la memoria.⁶

¿A qué tipo de memoria nos referimos, si se trata de memoria propiamente dicha? Los traumas del siglo XX no nos llegan ahora únicamente por medio del testimonio o del recuerdo de las víctimas. Seguimos hablando de memoria, es cierto, pero cada vez menos de la memoria de quienes vivieron los hechos y sobre todo de la memoria de aquellos que llegaron después, de eso que ha dado en llamarse *posmemoria*. ¿Podemos decir que hemos entrado en la *era de la posmemoria*, después de haber dejado atrás el siglo de la historia y más recientemente la época del testigo y de la memoria de las víctimas?

El significado del término «posmemoria» está claro para Marianne Hirsch, que delimita el problema y lo circunscribe al ámbito de la relación de la «generación de después» con el «trauma personal, colectivo y cultural de la generación anterior».⁷ Según nos dice, a diferencia del vínculo con el pasado de quien tuvo una experiencia y la recuerda, la «posmemoria» nos lleva a los individuos a los que las experiencias de las víctimas les fueron transmitidas «tan profunda y afectivamente que *parecen* constituir sus propios recuerdos».⁸ En ellos no sólo surge el recuerdo, asimismo llega a darse un «proceso de identificación, imaginación y proyección de aquellos que crecieron en familias de supervivientes y de los miembros de la misma generación o de la red relacional menos próxima que comparten el legado del trauma, y que constituyen el origen de la curiosidad, urgencia y *necesidad* frustrada que sienten por conocer ese pasado traumático».⁹ Se trata de una auténtica novedad porque la relación con el pasado de la «generación de la posmemoria», en comparación con la de las víctimas, resulta distinta al menos por tres motivos. En primer lugar, porque las generaciones posteriores no han tenido experiencia directa sino indirecta de los hechos, aun cuando sea problemático saber en qué consiste el recuerdo del trauma sin haberlo vivido personalmente. La segunda razón ha merecido menos la atención de los estudiosos de la memoria hasta hace poco. Durante los últimos cien años, en buena medida a consecuencia de los dramáticos acontecimientos del siglo XX, ha habido una transformación radical de aquello que a mediados de la década de 1920 Maurice Halbwachs denominara «los marcos sociales de la memoria».¹⁰ Los recuerdos de familia, de grupo social y en general de vidas en común, que antaño eran transmitidos de generación en generación, no llegaron a formarse o quedaron interrumpidos u ocultos debido a los efectos de unas políticas dictatoriales que trajeron el exterminio, la represión, el exilio y la deportación, al tiempo que dejaban una impronta duradera y persistente en los individuos, en las sociedades y en las culturas por medio del lenguaje y de sentimientos tan profundos como la culpa o el miedo. Por último, la memoria en la era digital está dejando en gran medida de ser colectiva para experimentar un «giro conectivo», como lo denomina Andrew Hoskins,¹¹ y constituirse de otra forma gracias a unos flujos de contactos entre personas, tecnologías digitales y medios de comunicación que han favorecido la aparición de nuevas estructuras de transmisión muy diferentes de las anteriores. En ellas encontramos también el «acto afiliativo» del que Sebas-

tian Faaber nos habla a propósito de la nueva novela de la guerra civil española¹² y al que se refiere de otra forma Marianne Hirsch para diferenciarla «posmemoria afiliativa», en la novela *Austerlitz* de W. G. Sebald, de la «posmemoria familiar» en *Maus*, el comic escrito y dibujado por Art Spiegelman.¹³

La expresión «posmemoria», por tanto, no es ajena a una transformación sustancial en el modo de concebir las relaciones siempre problemáticas entre el presente y el pasado, o mejor sería decir entre el acto de recordar, pensar y transmitir las experiencias pretéritas y aquello que sucedió. A pesar de ser muy manifiesta, no faltan historiadores que ignoran o pasan por alto la transformación que ha tenido lugar y siguen buscando refugio en la metodología convencional para no verse arrastrados por la corriente de dudas, relativismo e incertidumbre del llamado «posmodernismo», incompatible con la búsqueda del pasado tal y como «realmente ocurrió». En mi opinión, una actitud así elude el problema y cierra los ojos a un mundo distinto del que conoció el nacimiento y el desarrollo de «ciencia de la historia», pero no se trata de negar la capacidad de esta última de proporcionar conocimientos que ayuden a entender mejor las trayectorias de los seres humanos. Con sus peculiaridades, el trabajo del historiador se propone explicar y comprender los acontecimientos y los procesos que han tenido lugar, a partir del análisis crítico de los restos, de las huellas, de los testimonios que se conservan en el presente. Por ello dicho trabajo no debería permanecer al margen de los problemas que se han puesto de relieve en culturas tan preocupadas por la memoria como llenas de «posmemoria».

Lejos de concebir lo ocurrido en estos dos últimos siglos como una sucesión lineal de épocas que habría dejado atrás la historia para entrar en la era del testigo y de la memoria de las víctimas, y recientemente en una época de «posmemoria», tal vez podríamos pensar en una superposición de capas o estratos interrelacionados, de continuidades y de rupturas que han dado como resultado una composición y un relieve inéditos en los materiales sobre los que se sustenta nuestro conocimiento del pasado y obligan a exploraciones críticas de los mismos en sus diversas vertientes y con distintos enfoques y metodologías. Hace tiempo, a finales del siglo XX, Carl E. Schorske habló de «los inicios de una nueva historia basada en una nueva asociación interdisciplinaria que reúne a los seguidores que trabajan de forma productiva en el nuevo filón». Constataba, ese gran historiador de la cultura, un cambio en las licenciaturas, con estudiantes de historia inscritos en seminarios sobre arte o literatura, y ponía el ejemplo de aquellos historiadores de la ciencia formados debidamente en su materia y también en historia, en filosofía, en sociología y en el conocimiento del contexto y de las técnicas sociales analíticas.¹⁴ Por desgracia eso sigue sin ser posible en la universidad española, con unos planes de estudio que han ido recientemente en dirección contraria.

La separación entre «memoria» y «posmemoria», más allá de la diferencia generacional y de la continuidad o ruptura en las distintas formas de represen-

tación, transmisión y recepción de la experiencia, es un problema que ni mucho menos está exento de controversia. De qué modo la nueva manera de concebir las relaciones entre el presente y el pasado que revela el término «posmemoria», con todo lo que implica, puede incorporarse a un saber histórico que se propone entender y explicar los hechos y procesos, hacerlos inteligibles, no es un asunto que tenga fácil respuesta. Las preguntas que se formula Marianne Hirsch en su libro *La generación de la posmemoria* me parecen de interés en nuestros días y algunas pueden ser formuladas del siguiente modo: ¿cómo debemos considerar y recordar el dolor de los demás y seguir contando sus historias, sin apropiárnoslas ni desviar exageradamente la atención hacia nosotros y sin que las nuestras sean desplazadas por las suyas?; ¿qué les debemos a las víctimas y de qué manera estamos implicados en las consecuencias de crímenes de los que no fuimos testigos?; ¿cómo se mantiene y al mismo tiempo se erosiona el «sentido de conexión viva» con un pasado traumático, personal, generacional, que algunos de nosotros tenemos, un pasado que está convirtiéndose en historia o en mito? En todo caso, continúa siendo imprescindible recuperar el vínculo afectivo con el pasado traumático, tal como lo hace posible el testimonio de la víctima y la «posmemoria», de manera filiativa o electiva, y hacer uso al mismo tiempo de la crítica sin renunciar al empeño de dar razones de lo ocurrido, como lo viene haciendo el conocimiento histórico, pero ahora de una forma más humilde y con mayor conciencia de sus límites. Nuestro presente, en el que sigue habiendo genocidios y catástrofes colectivas a una escala enorme sin alcanzar (¿todavía?) las dimensiones de la «caída en los infiernos»,¹⁵ necesita tanto de la historia como de la memoria y de la «posmemoria» para retroceder e iniciar un camino diferente, en vez de acercarse peligrosamente con el riesgo de caer por segunda vez en el abismo.

NOTAS

1. Para la formación del concepto moderno de historia en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, véase Reinhart Koselleck, *historia / Historia*, Madrid, Trotta, 2004.
2. Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra / Universitat de València, 1997.
3. En el contexto del optimismo liberal de aquellos años hay que situar el artículo de Francis Fukuyama «The End of History?», publicado en 1989, pero su tesis tiene más envergadura que la caricatura que de ella a veces se ha hecho, como Perry Anderson puso de relieve en *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1996. Véanse también los distintos escritos del propio Fukuyama editados posteriormente y que se incluyen en *El fin de la historia*, <<http://firgoa.usc.es/drupal/files/Francis%20Fukuyama%20-%20Fin%20de%20la%20historia%20y%20otros%20escritos.pdf>>.
4. Annette Wieviorka tituló así su libro, *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998, reeditado en Fayard, colección «Pluriel», 2013. Johann Michel, en *Gouverner les mémoires*, Paris, Presses Universitaires de France, 2010, distingue en Francia «le régime mémoriel d'unité national», tal como se constituyó en la Tercera República y durante la Primera Guerra Mundial, y «le régime victimo-mémoriel de la Shoah» a partir de los años 1980 y 1990.
5. Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002; del mismo autor, *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Stanford University Press, 2003.
6. Régine Robin, *La mémoire saturée*, París, Éditions Stock, 2003.

7. Marianne Hirsch, *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*, Madrid, Editorial Carpe Noctem, 2015.
8. *Ibid.*, p. 19.
9. *Ibid.*, p. 61.
10. Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2004.
11. Andrew Hoskins, «From collective memory to memory systems», *Memory Studies*, 4 (2), 2011, pp. 131-133; «7/7 and connective memory: interactional trajectories of remembering in post-scarcity culture», *Memory Studies*, 4 (3), pp. 269-280.
12. Sebastian Faaber, «La literatura como acto afiliativo. La nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)», en Paloma Álvarez Blanco y Toni Dorca, *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010). Un diálogo entre creadores y críticos*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2010, pp. 101-110, <http://www.oberlin.edu/faculty/sfaber/Contornos_Faber.pdf>.
13. Marianne Hirsch, *op. cit.*, pp. 51-84.
14. Carl E. Schorske, *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 373-376.
15. Por utilizar el título del libro de Ian Kerschaw, *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016, una magnífica síntesis de este periodo en el Viejo Continente que completa y está a la altura de la gran obra de Toni Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

.....
 PEDRO RUIZ TORRES es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València, institución de la cual fue rector. Es director de *Pasajes de pensamiento contemporáneo*. Recientemente ha publicado, como editor, el volumen *Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra* (Instituto Fernando el Católico, 2015).